

del siglo XVIII siempre estarán agradecidos con el profesor Ortiz por el paso que ha tomado para desenredar el tema del comercio de Veracruz y del México colonial.

James A. LEWIS  
*Western Carolina University*

**Heather Fowler SALAMINI:** *Agrarian radicalism in Veracruz 1920-38*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1978, 239 pp., ilustr., mapas.

Durante la dictadura porfirista existió una relación del tipo patrón-cliente entre terratenientes y campesinos basada en el control total de los primeros sobre sus propiedades y en el decidido apoyo recibido de Díaz a cambio de una lealtad incondicional. La salida del país de don Porfirio provocada por el triunfo maderista señaló, en general, el fin de tal dominación y del tipo de relación que la caracterizaba. La nueva situación hizo evidente que los revolucionarios deberían enfrentar los graves problemas agrarios generados por la terminación formal de la dictadura. Sin embargo, a pesar de la presencia de algunos líderes carismáticos, durante varios años no existió un total control militar y político por parte de ninguno de los grupos. Esto, unido a condiciones ya existentes, dio por resultado el surgimiento de diversos patrones regionales en la lucha agraria, fenómeno ligado íntimamente con la diversidad existente de modalidades de tenencia de la tierra y con la estructura interna de las clases sociales rurales en las diferentes regiones del país. En el Centro los campesinos pugnaron por la restauración del sistema comunal en tanto que en el Norte se pronunciaron por la creación de algún tipo de propiedad privada. Lo anterior ocasionó que incluso los rasgos característicos de los líderes fueran diferentes. En esta situación fueron determinantes los problemas derivados de la prolongada lucha armada y de la falta de precisión sobre la naturaleza y fines de la revolución. Durante el desarrollo de la lucha, en gran medida, los líderes regionales fueron tomando el papel de patrones desempeñado antiguamente por los latifundistas y, aunque actuaron como intermediarios entre los campesinos y la economía de mercado, su relación con éstos continuó siendo básicamente vertical y preservó los rasgos fundamentales de una del tipo patrón-cliente. No obstante, a diferencia de los terratenientes y ante la inexistencia de una política

general, cada líder regional se vio en la necesidad de legitimarse a sí mismo frente a la suspicacia de sus desconfiados clientes. El recurso más usado fue, sobre la marcha, ofrecer resultados, concretamente distribuir tierras para de esta forma asegurar la lealtad de los campesinos. Una vez terminada la llamada lucha de facciones, al triunfo de los constitucionalistas con Carranza a la cabeza, se estableció un gobierno legal que, al implicar la derrota o desarme de las facciones populares-campesinas, ocasionó que la lucha agraria tomara otros rumbos. Los movimientos campesinos armados quedaron imposibilitados para hacer frente al poder federal. Simultáneamente se inició un proceso de centralización del poder y de oscurecimiento en la legislación agraria. Sin embargo, el país se encontraba de hecho dividido en múltiples focos de poder, encabezados la mayoría de las veces por los antiguos jefes de los ejércitos revolucionarios triunfantes, cuya fuerza dependía de la eficacia y fidelidad de las tropas bajo su mando y de sus buenas relaciones con el centro. Tal situación impuso a los campesinos la necesidad de buscar nuevas soluciones a sus problemas y líderes que los resolvieran.

Dentro de este contexto general, Heather F. Salamini busca historiar el movimiento agrario veracruzano entre 1920 y 1938 desde su particular punto de vista. Sin descuidar los orígenes y las distintas fases de su desarrollo, el énfasis está puesto en la etapa radical del movimiento durante la cual, bajo el liderazgo de Adalberto Tejeda, logró el control político de Veracruz. Uno de los planteamientos básicos del libro es que, frente a la versión oficial, es necesario estudiar los movimientos agrarios regionales considerados fallidos desde la perspectiva de los perdedores, procedimiento que la autora, siguiendo a Horowitz considera la forma más productiva de escribir historia.

En términos generales la ausencia de una continua actividad militar en Veracruz durante la lucha armada perpetuó la marginación política del campesinado. Así, el mayor impulso para su unificación provino de organizaciones urbanas de orientación anarco-sindicalista o comunista, lo que propició mayores contactos entre los líderes campesinos y los grupos revolucionarios del centro del estado, principalmente los del puerto.

Al inicio de los años 20 surgieron nuevos líderes políticos regionales, generalmente salidos de la clase media urbana, los cuales, a diferencia de sus carismáticos antecesores, buscaron dar la lucha desde dentro con miras a institucionalizar su poder. Instrumentos movilizadores y organizadores de los campesinos, buscaron satisfacer las necesidades más apremiantes de las masas rurales aunque sin

intentar un cambio profundo de la estructura agraria básica y sin perder de vista sus propios intereses políticos. En su esfuerzo por proteger la base de su poder regional llegaron a formar milicias para enfrentarse a las guardias blancas de los terratenientes y al ejército. Eventualmente sus organizaciones representaron un reto a la autoridad y la legitimidad del gobierno federal.

En Veracruz, la formación de la Liga Estatal Campesina (1923) constituyó un suceso determinante. La experiencia urbana de sus dirigentes resultó muy importante, ya que gracias a ella sus miembros adquirieron habilidades tácticas y organizativas al igual que una ideología revolucionaria. Sus principales aliados externos fueron el Partido Comunista y Tejeda. La alianza con el primero pronto fracasó debido a su falta de interés en las metas campesinas. Tejeda tuvo éxito por la dedicación que mostró a la causa agraria, alianza que al consolidarse alcanzó una posición preeminente en la política estatal. Sin embargo no tuvo proyección nacional, sobre todo por su inhabilidad para establecer ligas con otras agrupaciones más poderosas. De esta forma lo que era su meta final, la creación gradual de un estado socialista, fracasó frente a los formidables ataques del régimen callista, el cual terminó eliminando o absorbiendo a todas las organizaciones radicales dentro de la estructura burocrática del PNR, que en gran medida llenó el vacío de poder existente y se convirtió en el principal aglutinador del poder político.

Para la autora el movimiento campesino veracruzano puede considerarse como el último intento firme por llevar adelante la lucha agraria dentro del marco de la revolución. Su máximo florecimiento tuvo lugar durante la segunda administración de Adalberto Tejeda (1928-1932), gracias a un medio político, una ideología y un líder peculiares. Sin embargo, cuando parecía ganar mayor fuerza y proyección fracasó debido básicamente a su incapacidad para ofrecer una alternativa de alcance nacional que le diera la fuerza suficiente para hacer frente a los embates del gobierno federal.

Dentro de lo que se puede llamar un enfrentamiento entre la historia nacional totalizante y la particularizada historia regional, el libro que presentamos, incluso con sus limitaciones, es un buen esfuerzo que seguramente anota un tanto en favor de los estudios regionales. Si dejamos de lado el que la autora muchas veces más que analizar las causas de la problemática que estudia describe minuciosamente los hechos, y el que tiende a plantear peligrosas generalizaciones descuidando las interrelaciones, su trabajo puede considerarse como ilustrativo de la complementariedad de los diver-

esos tipos de fuentes. Tal vez el pero más grave que se le puede poner está en que, a pesar de que a lo largo de su estudio hace patente la especificidad del caso de que se ocupa, cae en lo mismo que critica. Por un lado busca romper con las generalizaciones de la historia oficial sobre el tema que trata, pero por el otro a partir de un solo caso hace extensivas sus conclusiones referentes al patrón de desarrollo del movimiento veracruzano no sólo a todos los movimientos del país sino también a los de América Latina, tendencia que parece estar muy de moda entre buena parte de los estudiosos de las sociedades iberoamericanas. Es indudable que se tiene que llegar a establecer modelos, pero, como lo reconce la autora, si los estudios particulares aún son escasos cabe preguntar si ya estamos listos para las generalizaciones.

Jesús MONJARÁS-RUIZ  
*Instituto Nacional de  
Antropología e Historia*

William B. TAYLOR: *Drinking, homicide, and rebellion in colonial Mexican villages*, Stanford, Stanford University Press, 1979, 242 pp.

William Taylor nos ofrece un volumen novedoso e incisivo, poseedor de un valioso sustrato de ideas fundamentales para la comprensión de problemas muy importantes de la historiografía colonial y para el juicio de variados enfoques teóricos.

Es particularmente notable su constante referencia a los pueblos campesinos —*peasant villages* en el texto inglés— que, como el autor observa, son fuente de los patrones más duraderos de renovación de la sociedad campesina. *Village solidarity, village consciousness, village identity, village conflict*, entre otros, son conceptos a los que Taylor refiere constantemente los resultados de su análisis de la violencia y de la conducta social.

Desde el principio el autor discute el uso de los términos *campesino* e *indio*. Uno y otro son ambiguos en ciertos sentidos, y Taylor expone sus razones para inclinarse por el uso del primero y limitar el uso del segundo para referirse exclusiva y ocasionalmente a aquéllos que no fueron mestizos, mulatos o españoles. Según argumenta, los indios no se concebían a sí mismos como indios, con todas las implicaciones culturales del concepto, sino en la medida en que aceptaban su situación subordinada, o cuando se situaban frente a